

Las elecciones del 2016: leyendo los posos del té

Luis Antonio Payan Alvarado

Las cifras

El domingo 5 de junio, los ciudadanos mexicanos en doce estados de la República salieron a las urnas a elegir gobernadores, ayuntamientos y legislaturas estatales. Además, en Baja California se eligieron ayuntamientos y diputados locales y en la ciudad de México a los miembros de la asamblea constituyente que se avecina. Los resultados en general sorprendieron a muchos. El Partido Acción Nacional (PAN), que había perdido la elección presidencial en el 2012 y que se consideraba un partido político en una crisis todavía no superada, arrasó con siete de las doce gubernaturas en juego (Aguascalientes, Chihuahua, Durango, Puebla, Quintana Roo, Tamaulipas y Veracruz), cientos de ayuntamientos y sólidas mayorías en varios congresos locales. Obtuvo también triunfos en Baja California y quedó en tercer lugar en el Distrito Federal. El gran perdedor fue el partido del presidente Enrique Peña —el Partido Revolucionario Institucional (PRI) que se quedó con cinco gubernaturas, pero perdió batallas no esperadas y quedó muy distante en la asamblea constituyente de la ciudad de México. La izquierda salió de la lucha con un recuento complicado que merece análisis por separado.

Las elecciones del 2016 se consideran clave porque son el prelude de las contiendas del 2018, cuando se juega también la presidencia de la República. El resultado es hoy más incierto que nunca. Sin embargo, esta observación es algo positivo, dado que una sólida democracia consiste precisamente en eso: reglas claras y resultados inciertos.

Un PAN en ascenso

El PAN, un partido político central en el movimiento por la democratización del país en los años de 1980 y 1990, perdió la elección presidencial en 2012 y de hecho había ya perdido un importante número de gubernaturas y presidencias municipales. Muchos analistas políticos pensaron incluso que ese partido había entrado en una crisis permanente, de la cual no se iba a recuperar con facilidad. Las elecciones de junio 5, sin embargo, mostraron un PAN en ascenso, y que va a gobernar prácticamente la mitad de la población de México a nivel local rumbo a las elecciones del 2018 —una ventaja innegable. Además, el PAN es el único partido alterno al PRI con presencia realmente nacional— otra ventaja hacia el 2018. Todo esto indica que ese partido se encuentra ya bien posicionado para la elección presidencial y pudiera lograrlo a sólo seis años de haber

perdido el ejecutivo federal. El PAN seguirá entonces jugando un papel central en la transición democrática de México en el futuro.

Los límites de la estrategia político-electoral del PRI

Durante los sexenios panistas, el PRI había orquestado una recuperación política de cierta manera asombrosa —tanto así que para el 2012 recuperaron la presidencia de la República a través de la instrumentación de una estrategia compleja fundamentalmente basada en su fortaleza en lo local. Ésta consistió sobretodo en desanimar el voto de la clase media para lograr bajos niveles de participación, crear partidos minoritarios para dividir a la oposición, hacer uso de los recursos de los gobiernos locales para cooptar el voto, y formar coaliciones con partidos auxiliares para sumar boletas electorales que le permitieran alcanzar pluralidades electorales suficientes para ganar puestos de elección popular. Pero el partido nunca se democratizó y postuló, apoyó y defendió a candidatos y gobernadores corruptos en muchos estados. El PRI logró que esta estrategia le funcionara y finalmente recuperó la presidencia en el 2012 y logró, en coalición con sus partidos minoritarios (PANAL y PVEM) la mitad de la Cámara Baja del Congreso Mexicano. Pero esto no funcionó en el 2016. Los partidos minoritarios que fueron en coalición con el PRI dejaron de ser atractivos, la participación electoral se elevó hasta el 50%, y el electorado mexicano percibió a ese partido como un sinónimo de corrupción.

El PRI tendrá que buscar una estrategia diferente para el 2018 —o pierde la presidencia y el congreso. La mejor ruta es hacer un examen de conciencia para democratizar al partido de una vez por todas, pero no hay señales de que esa sea la ruta en medio de las numerosas recriminaciones que se están dando dentro del partido después de la debacle del 5 de junio.

La izquierda en caos

El PRI y el PAN, sin embargo, son casi indistinguibles en materia de políticas públicas. Ambos han abanderado las causas de la derecha en los grandes debates políticos nacionales, llegando incluso a ser parte del Pacto

(Continúa en p. 37)

por México —acuerdo responsable de las grandes reformas estructurales del 2013 al 2015. La izquierda, desafortunadamente, no ha podido presentar un programa claro, moderno, y unido ante el electorado y sale de las elecciones del 2016 bastante dividida. El PRD se sostuvo únicamente gracias a sus alianzas con el PAN —aunque terminó en segundo lugar en la ciudad de México. MORENA, el partido cuyo controvertido líder es Andrés Manuel López Obrador, salió un poco mejor librado con un primer lugar en la ciudad de México, un tercero en Veracruz, pero conteos realmente bajos en el resto del país. El Partido del Trabajo (PT) está completamente desdibujado del escenario electoral en los años venideros.

México necesita una mejor izquierda, pero no existe un consenso en ese lado del espectro político sobre el tipo de izquierda que el país merece o debe tener. Mientras éste no se dé, la izquierda permanecerá débil y muchos mexicanos sin una alternativa que defienda un proyecto económico nacional más equitativo y justo. Sin una alternativa de izquierda, México es desafortunadamente más endeble, con opciones políticas limitadas.

Las elecciones como referéndum sobre el presidente Peña

Los resultados de las elecciones del 2016 también se pueden leer como un referendo sobre el mandato del presidente Enrique Peña —incluyendo el desempeño de su administración. El presidente Peña llegó al poder con expectativas positivas, aunque no realmente muy altas. En coalición con el PAN y el PRD se dio a la tarea de pasar las reformas estructurales que son el sello de su administración —telecomunicaciones, educación, energía, etcétera. Pero las reformas, y contrario a lo que el mismo presidente dijo, no son aquellas que puedan dar un beneficio inmediato y profundo para el mexicano común. Además, Peña rehusó rendir cuentas claras sobre los muchos escándalos de corrupción que lo han aquejado personalmente, así como a muchos de los miembros de su gabinete y los gobernadores de su partido. Esto lo dañó irreversiblemente. Asimismo, el gobierno peñista ignoró e incluso minimizó la creciente inseguridad pública y los abusos de derechos humanos en el país, preguntándose a sí mismo en voz alta porqué el pueblo mexicano estaba tan de “mal humor.” Así pues, el electorado castigó a él y a su partido, dándoles la mejor votación que han obtenido quizá desde los años de 1990.

Las elecciones del 2018 y el estado de la democracia mexicana

Los resultados electorales del 5 de junio del 2016 llevan inevitablemente a la incertidumbre político-electoral rumbo al 2018. Tanto el PRI como el PAN se encuentran bien posicionados para ganar esa elección y la izquierda no puede tampoco ser descontada, si logra la unidad y presentar un candidato relativamente moderado y creíble, capaz de capitalizar el creciente escepticismo sobre las reformas estructurales y la nueva narrativa negativa sobre el modelo económico que el país ha seguido en los últimos 35 años. Otro motivo de optimismo es que el electorado mexicano demostró que es capaz de utilizar las vías institucionales para castigar y recompensar políticos y partidos, y demostró una enorme sofisticación en el uso del voto, incluyendo el voto dividido. Esto pudiera ser señal de que el pueblo mexicano va madurando en su capacidad de apropiarse de medios formales para efectuar cambios en la vida nacional. Quizá, después de un largo y tortuoso camino hacia la democracia, México esté a punto de consolidar este sueño de siglos. Ya lo veremos en el 2018.

*Docente-investigador de la UACJ.